

# LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO SEMANAL DE CIENCIAS LITERATURA Y BELLAS ARTES

NUM. 36 — NÚMERO, DIEZ CENTIMOS.

12 DE JULIO DE 1891

GRATIS A LOS SUSCRITORES.—NUM. 35.

## SUMARIO

Idilio en la sierra, por Salvador Rueda.— La orfandad, por Salomé Nuñez y Topete.—Caza de perros, por Miguel Méndez Álvarez.—D. Josef Daza y su «Arte del torero», por Espinosa y Quesada.—El drama universal, por Clarin.—Carta semanal de Londres, por B. de Oya.—Desde el boulevard, por Ricardo Blasco.—A Selgas por Calixto Ballesteros.—La siesta del león, por Jaime Martí-Miquel.—Mosaico madrileño, por Manuel Ossorio y Bernard.—Libros nuevos.

## IDILIO EN LA SIERRA

NOVELA ANDALUZA

XIV

### MI TURNO.

Cayó el gatillo sobre el pistón; pero era vana la capsula y se quedó el tiro en la escopeta.

Yo absorví en una aspiración toda la atmósfera del cuarto.

A fin de evitar que Francisco reemplazara por otro el fulminante, salió de mi habitación don Leopoldo, a tiempo que se largaba de la cocina el satifecho Tenorio, muy fufano con la cita que acababan de darle.

—¿Se fué muy temprano Francisco? preguntó el dueño de la casa a Mercedes, no dándose por entendido de nada.

—Madrugó con el día pa estrenar un puesto al que acaban muchos pajaros, pero me da el corazón que poca coza va a cazar hoy.

—¿Y qué sabes tú?

—Es una figuración—dijo con sorna la gitana.

—Distraído anda Jaraga y tendré que echarle un rúpice si es que no se despabila.

—Bien lo merecia, mire nzté.

—Bueno; cuando venga, dile de mi parte que me gusta poco que se distraiga.

Con todo el dolor de su espíritu salió del escondite Francisco, con paso cauteloso, al oír los barruntos de tempestad que preludiaba mi amigo, y echándose la escopeta al hombro, tomó la dirección del monte, arrastrando más que llevando, el alma hecha girones.

—¡Ahora es la mía!—dije al verme solo y dispuesto a entrar en turno para declararme.

Me pareció lo mejor llamar a Mercedes y decirle que se llevase el servicio del almuerzo, y cuando lo estuviera recogiendo, deslizarla el sobre con el soneto entre las manos.

¡Lástima que yo no hubiera hecho mi poesía al vino! Con el que estaba en la botella, podría haber llenado una copa y habérsela brindado, y ella de seguro que hubiese oído con gusto el brindis.

—Daria tiempo de hacer otro soneto? Era incitadora la idea. Tiré de papel y pluma, como la noche antes al acostarme, y empecé, febril a trazar cuartetos y tercetos.

Lo que deseaba yo expresar era que aquella copa de vino que iba a ofrecer a la diosa, debía primero unir nuestras manos al pasar el cristal de la mía a las suyas, recoger luego en su borde la impresión de nuestros labios, y por último, cantar la misma idea en nuestros cerebros y la misma pasión en nuestras almas.

Salieron endecasílabos a pedir de boca, tracé plenos y andamiajes, recurrí a los maravillosos efectos de la técnica, y salió el soneto siguiente:

### AL PARTIR UN VASO DE VINO

Del Málaga que es púrpura encendida bebo un sorbo de luz y de esplendores, y el vaso orlado de risueñas flores se alargo con el alma conmovida.

Behamos su fragancia apetecida como una claridad de los amores, sus ráfagas son sueños seductores, su jugo es el perfume de la vida.

Pongamos en el borde cristalino nuestras bocas de amor y micles llenas como en un cáliz de licor divino.

Así se borren nuestras mutuas penas, y del mismo cristal el mismo vino cante un mismo sentir en nuestras venas.

Si he de ser franco, no me disgustó del todo cuando lo leí: solo que me pareció demasiado atrevido en la idea, porque decir todo eso, sin más ni más, a una mujer, sin haberla expresado antes que se la quiere, que se la adora, es descubrir la hilaza que en mi caso era mi no muy sano propósito.

Preferí hacer otro que preparase el ánimo de Mercedes para leerle después el anterior. Como el ejercicio métrico había puesto en tensión mi pluma, haría no digo yo un segundo soneto sino hasta un tomo de cien.

Corta por aquí, alarga por allá, desecha esta palabra, escoge aquel vocablo, redondea este tercio y ajusta aquella rima, salieron, burla burlando, otros catorce versos, que enlazados y yuxtapuestos decían de este modo.

### ANALOGÍAS

«¡O el velo del mar la coneja orece en lecho profundísimo de cieno, y tosca y sin color, lleva en su seno la perla donde el iris resplandee.

A ella mi ser en todo se parece; toso es el vaso y de durzas lleno, pero en su fondo plácido y sereno el bien germina y el amor florece.

También dentro de mí llevo la perla y le tejida con laurel y palma y sagrado de amor donde escondiera.

Donde llevo la luz reina la calma; su pureza te brindo, y para verla asomate a los senos de mi alma.

No parecía sino que Mercedes se iba a asomar al pozo. No hace falta decir que me disgustó la poesía; no estaba mal de idea, pero la forma era un empedrado.

Como yo que no entraba nadie en la cocina que pudiera cojerme la vez, apliqué de nuevo la pluma al papel y surgió de improviso este otro soneto.

Diera la humana vida y la futura que Dios reserva al místico creyente, por dejar con mis labios en tu frente un reguero de besos y ternura.

Tu desdénosa y clásica hermosura resbala por mis sueños y mi mente siempre gallarda y siempre indiferente é insensible al afán que me procura.

Calma el ansia de amor con que deliro, me hable una vez tu labio lisongero, téame piedad cuando por ti suspiro.

Borra de tí lo esquivo y altanero, que más te quiero cuanto más te miro, y más te miro cuanto más quiero.

No pasaría Mercedes de oír el primer cuarteto, que no era poco oír. La lira, estaba visto, se me había vuelto guitarrero entre los dedos. Qué poca discreción, qué poca mesura, qué manera tan arriesgada de iniciarme en asunto tan resbaladizo. Aquello más bien era un trabucozo de rimas con el arpa que una poesía gallante.

Luego, el final era una repetición de otro soneto mío, y se me podría decir que si había aprendido en viernes la canción.

Vuelta a las andadas, vuelta a hacer brotar chispas de la pluma. Afortunadamente los sonetos salían ellos solos, sin necesidad de esfuerzo alguno.

La cocina seguía desierta, esto es, contentando solo a Mercedes, y mientras así fuera, yo no depuñía mi afán de encontrar el soneto que deseaba.

Finé el que afinyó de nuevo a las cuartillas, el siguiente:

Como espera en la cuerda la armonía la habil mano que pasa res alando, el amor en mi ser está esperando una sola mirada que sonría.

Cual tallado cristal mi fantasía tu imagen ideal copia temblando, y mi espíritu pasa iluminando oriada de risueña poesía.

Niño soy que la luz reproduciendo en el cristal donde se quebra viva, con ojos de placer la va siguiendo.

Tu imagen es la luz que me cautiva, y aunque, a miles de partes la estoy viendo, en ninguna se muestra compasiva!

Lo cual no era cierto, porque ¿de dónde sacaba yo, si Mercedes me había visto una sola vez, y esa más bien mostróse risueña conmigo, que no había de ser compasiva? La multiplicidad de la imagen, reproduciéndose y temblando en todos los puntos del cerebro, la ampliación infinita, angustia y gigantesca cola de pavo real que reproduce el mismo motivo, el mismo ojo irizado en cada pluma,—no había salido mal. Yo debía hacer ver, y lo conseguí en el soneto que mi espíritu enamorado veía a Mercedes en todas partes, donde quiera que giraba la vista; pero aparte de esto, la poesía no se ajustaba del todo a mi deseo. Era necesario decirle que la quería con toda mi alma y con millares de almas que tuviese. Esto me trajo a la imaginación las conocidas monadas del alemán filósofo, y escribí sospechando que había de dar con lo que buscaba.

### CONCERTANTE

Dejó la tesis inmortal escrita un instante el filósofo cristiano, de que en cada sutil átomo humano hay un alma que siente y que palpita.

Si una en cada molécula se agita como el vivo destello en el gasaco, alumina al cuerpo del que vive y vano una escala de luces infinita.

Pues las almas, reflejo de su esencia que Dios puso en mi ser como tesoro y estrellas que iluminan mi conciencia, su voz uniendo en exaltado coro, cantan himno de amor a tu presencia y dicen todas a la vez «te adoro!»

A mi juicio di con la forma completa que buscaba.

Solo tenía que hacer leerlo a la trianera y enseñada recitarle el del brindis, con la copa en la mano.

Como en el soneto último, había bastante que reflexionar, varí de idea en el plan de declaración. Era mejor que ella lo leyese y se hiciera bien cargo de que jamás poeta alguno había dado un grito de amor tan sublime, tan inmenso.

Tracé en un pliego los dos sonetos elegidos, los metí en un sobre, en el que puse con letra grande y clara el nombre de Mercedes, me vestí con apresuramiento, y saliendo, despues de tantas horas de prision, a la cocina, dije:

—¡Ahí queda el servicio del almuerzo, y además una carta que he traído de Madrid para usted.

—¿De Madrid?

—Sí, y como me iré pronto, desearia que me diese usted contestación.

—¿Es nzté quizás el payo de la carta?

Dejando a Mercedes tiempo bastante para leerla, salí fuera del corrijio, vi que el día se mostraba ya completamente despejado, y me interné en plena naturaleza.

SALVADOR RUEDA.

(Se continuará.)

## LA ORFANDAD.

Juan experimentaba la desgracia de haber perdido a uno de sus hijos, y esta pena le tenía sumamente abatido. Buscando algún consuelo para su alma, todas las tardes recorría los pintorescos alrededores de la ciudad en que habitaba; y haciendo del bullicio conseguía que la alegría de sus semejantes no formase contraste con su dolor.

Durante muchos días pasó por tan solitarios lugares, sin encontrar un ser viviente; pero en una ocasión, al pasar por delante de una casa, oyó sollozar, y bien pronto pudo cerciorarse de que aquellos tristes acentos eran exhalados por una mujer.

El llanto halla siempre natural respuesta en quien sabe sentir; y Juan no tenía el corazón de adorno; por lo que no solamente se detuvo, sino que también entró en la casa, cuya puerta halló abierta.

—¿Qué cuadro tan triste se ofreció a su vista!

Una mujer, bastante hermosa, cubría con su cuerpo el cadáver de un hombre que acababa de aspirar; y en su loca desesperación imaginaba poder volverle a la vida con las lágrimas ardientes que sobre su helado rostro derramaba.

Como notara la presencia de Juan, estrechaba más y más contra su pecho el cadáver, creyendo que aquel hombre intentaba robárselo.

—No se asuste usted, señora; soy un ser desgraciado también: he oído sus ayes, y los míos son los que le responden; cuénte usted, pues, con un hermano, que acude para servirle en cuanto necesite.

La unión de dos corazones que sufren produce la simpatía más verdadera. La afligida joven quedó mirando a Juan; y viendo en su semblante tan grabadas las señales del más profundo dolor, acercóse a él y le dijo:

—Este, mi marido, acaba de morir; yo le amaba con toda el alma, y era igualmente idolatrada por él; nuestra existencia ha sido tan feliz como es ahora desgraciada la mía. Enfermó en la ciudad, y los médicos le ordenaron que se trasladara a este pueblecito, cuyo excelente clima debía devolverle la salud. ¡Nunca me atormentó la idea de que pudiese morir, a pesar de verle enfermo, porque en el delirio de nuestra mútua adoración, creí, que tan interminable como el amor que nos unía, había de ser nuestra existencia! Orgullosa de ser la única para cuidarle, me vine con él aquí. Al principio su mejoría fué completa; más luego empeoró tanto, que declarada la incurable tisis, un terrible vomito de sangre le ha hecho espirar en mis brazos hace dos horas!

Esto diciendo, tornó la vista a su desesperación con tal vehemencia, que un ataque convulsivo le hizo perder el conocimiento. Largo rato permaneció en esta estado; por lo que el bondadoso

Juan tuvo que reclamar el auxilio de un joven, que a la sazón pasaba por delante de la casa, rogándole que cuidase de aquella señora; mientras él iba por un médico y disponía además el entierro de aquel cadáver.

Tanto duró la prostración de la viuda, que cuando volvió por completo en sí, los restos del que fué su marido iban ya camino del cementerio; y eutonces fué tal su pesadumbre, que rayó en locura, no reconoció límite. A pesar de los ruegos de Juan y de la machacha que la Providencia le mandó en su auxilio, se resistió en absoluto a abandonar aquella casita, diciendo que le hacia falta respirar bajo el mismo techo, donde había muerto el hombre que tanto amó. Y pasaba la mayor parte del día rezando. Solo cuando iban sus nuevos y solícitos amigos a acompañarla, sentía relativa distracción. Su pesar era inmenso.

Un día quiso conocer la historia de ambos compañeros de infortunio, y Juan le refirió que lloraba la pérdida de un hijo de catorce años, el mayor de los tres que al morir le había dejado su esposa.

—Cuando envidié—seguió diciendo Juan—creí que este sería el mayor dolor de mi vida; pero aseguro a usted, señora, que no hay pesadumbre igual a la que causa la muerte de un hijo!

—Permita y perdone usted que le diga que no amaría mucho a su mujer, cuando sostiene esa creencia—repuso la viuda.

—¿Usted ha tenido hijos?—interrogó Juan.

—No.

—Pues entonces no puede usted hablar, ni puede figurárselo siquiera... Yo adoraba a mi mujer; pero sin saberlo, sin poder explicarme la causa, he llorado más la muerte de mi hijo que la suya; y es más, tengo la seguridad de que ella, en igual caso, hubiese hecho otro tanto; el cariño que los hijos inspiran es el más grande de todos los cariños; no se define, se siente; es un afecto que llega a la perfección, puesto que al experimentar, huyen del alma todas las malas pasiones.

—¿Tienen ustedes padres?—preguntó la joven que hasta entonces había permanecido callada oyendo a los dos viudos.

—Sí; los míos se hallan ahora viajando—contestó ella.

—Los míos están en la ciudad—dijo Juan.

Isabel, que así se llamaba la niña, cruzando ambas manos, elevando al cielo sus azules y hermosos ojos, quiso hablar; pero no pudo. ¡Lloraba!

—¿Por qué nos ha hecho usted esa pregunta?—dige nos los otros dos.

—Porque están ustedes hablando de los pesares de este mundo, sin fijarse en el mayor de todos, ¡en la orfandad!

—¿La orfandad?—exclamaron con acento algo incrédulo Juan y la viuda.

—Sí, ¡la orfandad! pesadumbre inmensa que se apodera del alma y del corazón, para no permitirles que olviden la intensidad de su desgracia, para no consentir más consuelo que el de idolatrar la memoria de los padres, que no solo han sido perfectos para con sus hijos, sino perfectamente horros por estos. Y por buenos que los hijos sean, nunca llegan a comprender, mientras la disfrutan, la dicha de contar con esas existencias, dicha de inestimable valor; ¡pero cuando los padres mueren, cuando desaparecen para siempre y la convicción de que son irremplazables se clava en el alma como si fuera un puñal, entonces no hay quien consuele semejante pesar, porque a medida que más se los llora, más se les ama, más los llamamos y los necesitamos más!

—Todo esto que nos acaba usted de expresar,—dijo Juan,—lo experimenta para con todos los afectos, el corazón realmente pesadumbrado.

—¡Oh, no señor: la viddez enenentra su consuelo, porque aun puede hallar, tanto el hombre como la mujer, otra alma que le comprenda y le ame! El pesar por la muerte de un hijo puede encontrar alivio en la vida y el cariño de los otros. Pero cuando mueren los padres ¿quién los sustituye? ¿Hay otros padres? ¡No! Perdido este afecto, se pierde todo!

La pobre Isabel lloraba.

Mirábanla conmovidos los dos viudos, sin atreverse a replicar; a pesar suyo, la sencilla elocuencia de tan profundo dolor les imponía silencio y respeto.

—Sin necesidad de oírme hablar así añadió Isabel,—ya habrán ustedes comprendido que soy huérfana de padre y madre, pues la orfandad se graba para siempre en el semblante con indeleble sello de singular dolor.

—Vive usted aquí.

—Sí, señora, con dos hermanos menores que yo; y los tres trabajamos para ganar nuestro sustento.

—Dios la premiará a usted algún día.

colmandola de amonras dicha, para compensarla de la desgracia anterior que hoy tanto y tan bien llora!—dijo Juan.

—No hay dicha, por grande que sea, capaz de compensarme de este dolor, de esta soledad! Veintidos años tengo; aunque poco, algo conozco el mundo, y es que la desgracia más llorada la situación más triste, la herida más incurable, el dolor más agudo, el que arranca quejas que nunca acaban y que nunca se compadecen bastante, ¡es la orfandad!

—Ya se consolará usted; ¡ya verá como despues de transcurrido cierto tiempo pasará, no un día, sino varios, sin pensar en sus padres.

—Don Juan—contestó Isabel—herida en lo más sensible,—si me arrancan el alma y el corazón, podrá llegar ese día pero mientras cuente con uno y otro, este pesar, este recuerdo, este llanto y esta soledad, serán eternos por que estas penas, lejos de matar, dan doble vida a su victima, ¡tal vez para que se asombre de lo que es capaz una criatura de sufrir, y tambien para que admire la veneración que los padres, esos seres que tanto ama y tanto necesita el alma merecen. ¡Ya vé usted, cuatro años hace que los he perdido!

—¿Tanto tiempo?

—Midiéndolo con el recuerdo, me parecen cuatro segundos, ¡cuatro siglos cuando considero lo que ya he vivido sin verlos!

—¿Pobre niña!

—¡Oh sí!, compadézcanme ustedes; porque existe en mi alma una herida incurable, porque en mi memoria no vive sino la evocación de aquellos felices días en que ellos estaban aún a mi lado y de aquellas horas crueles de su eterna despedida; porque ya mis ojos no pueden ver sino sus queridas imágenes y sus últimas miradas!

—Dios te dé consuelo.

—Ni lo quiero ni se lo pido.

—¿Quieres sufrir?

—No querer sufrir por ellos despues de muertos, es tan imposible como no querer amarlos cuando viven.

.....

Pocos días despues, recibió la viuda una carta de sus padres anunciándole su regreso, y diciéndole que la aguardaban en la ciudad.

—¿Lloras, Isabel?

—De envidia, si señora; ¡va usted a ver a sus padres!

—Tu los encontrarás en el cielo.

Isabel sonrió con indecible expresión de alegría al oír estas palabras.

Juan fué tan galante y tan bondadoso con la viuda, que no la dejó partir sola, sino que la acompañó hasta la ciudad.

Tanto el uno como la otra, al despedirse de Isabel la dijeron:

—Fide a Dios que de fuerzas a nuestros tristes corazones.

Y la joven repuso:

—El dolor de ustedes tiene remedio!

—¡Te equivocas!—contestaron a un tiempo los dos viudos.

.....

Dos años han transcurrido.

El íntimo trato de Juan y la viuda, trocó al fin la amistad en amor, y se casaron.

En plena Inna de miel, cuando se hallaban una tarde en el jardín del hermoso hotel que él poseía, entregados a sus amorosas protestas, y mientras los hijos de Juan jugaban y alborotaban que era un contento, se presentó la huérfana ¡la inconsolable Isabel! que había tenido que ir a la ciudad, y no quería regresar al pueblo sin visitar a los que fueron sus compañeros de infortunio.

Al hallarse frente a aquel cuadro de reaparecida felicidad, y por más que se congratulase de ello y les diera de corazón el más campido parabien, quedose un rato absorta, sumida en profundas reflexiones, contemplantolo, en fin, con toda su alma...

Y cuando al salir de ese jardín, trocado en paraíso, se vió como siempre completamente sola, exclamó llorando:

—Padres de mi alma, ¿vosotros nadie os puede reemplazar en este mundo; ¡el dolor que nada ni nadie cura, es el de la orfandad!

.....

2 Julio 1891

SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE

## CAZA DE PERROS

Las activas persecuciones emprendidas contra los canes sin tapabocas que circulan por la vía pública, han turbado la tranquilidad de muchas familias, cuyos jefes o cabezas, ¡mueren la inmensa desgracia de venir al mundo con caras de perros.

A los pocos días de dictarse las órdenes oportunas para que se procediera a

a caza de canes vagabundos, empezaron á cometerse lamentables equivocaciones por los encargados de cumplir los mandatos municipales.

La primera víctima fué un caballero de fisonomía perruna, á quien cazaron en una calle, creyéndole un mastín auténtico de la clase de vagos.

El infeliz señor pudo salvarse milagrosamente de aquella detención arbitraria y regresó á su domicilio echando espumarajos por la boca y con la cara llena de barro.

—Pero Leon, ¿qué te ha sucedido?—le preguntó su mujer, parapetándose detrás de una mesa, al verlo en aquel estado.—¿Te has caído dentro de alguna alcantarilla?

Don Leon dió un ladrido y se desplomó en la silla que tenía más próxima.

—¡Socorro! ¡socorro!—gritó la señora corriendo hacia la puerta del gabinete.

—¡Mi marido se ha vuelto perro!

La familia de don Leon acudió enseñada á prestar auxilio.

—Papá, papá, ¿qué tienes? ¿Te ha mordido algún agudor?—le preguntaron las niñas de la casa.

—¡Guau!... ¡guau!...—contestó el padre.

—Pepa, llámamested al médico ahora mismo,—dijo la esposa de don Leon, dirigiéndose á la criada que llegaba en aquel instante.

—¡Quietos, animales!—anlló el paciente, levantándose de la silla.—Venga un espejo,—prosiguió,—un espejo, pronto...

La órden fué obedecida.

Don Leon fijó sus estraviados ojos en el objeto pedido, y dijo rompiendo la lúca contra su nariz:

—Miradme bien: ¿Tengo yo cara de perro?... Vamos, contestadme con imparcialidad; como si no fuérais de la familia.

—Todos os miraron espantados.

—¿También dudáis vosotros de mi personalidad?

—Pero papá, si no entendemos lo que dices...

—¿Cómo? ¿Qué no me entendéis? ¡Ay Dios mío, si estaré hablando el lenguaje canino!

—¡Cálmate, Leon,—dijo su esposa aproximándose.—Nos estás haciendo sufrir horriblemente... ¡Por Dios, Leon!...

—¡Calla! no me llames Leon, que es nombre de perro... Te lo prohibo... ¿Lo oyes?

—¿Quieres de una vez explicarnos lo que te pasa?

—Ante todo contéstame á esta pregunta, sin que te ciegue el amor propio: ¿Tengo cara de perro?

—¿Qué has de tenerla, hombre!

—Pues... ¡asómbrate! Esta noche, cuando salía de la farmacia con la pomada que te he comprado para los diviosos, he sido víctima de un atropello escandaloso, que no quedará impune. Oid.

La mamá, las dos niñas y la criada rodearon al narrador.

—Eu la puerta de la botica,—continuó éste,—se me cayó la caja del ungüento que compré, y al ir á recogerla, sentí de pronto que una cuerda me apretaba el cuello... Quise incorporarme, y se estrechó el lazo ó corbatín que rodeaba mi garganta... Entonces caí de bruces y rompí con los dientes la cajita de pomada, la cual se me pegó al cielo de la boca... Hice un esfuerzo desesperado; levanté la cabeza y vi á mi lado á un agente municipal de los que se dedican á la caza de perros que pasean sin bozal.

—¿Qué infamia!—exclamó la señora.

—¡Si esos hombres no saben distinguir!

—Mira tú, que echarme el lazo orendo que era un perro vagabundo!

—Como te vió en aquella posición sospechosa y era de noche...—objetó una de las niñas.

—No niego que estaba á cuatro piés y había poca luz cuando me cazó, más eso no es suficiente para que me confundiera con un perro. Y no paró aquí la cosa, sino que pretendió después llevarme al depósito canino, pues decía que yo era un mastín escapado del Circo, y que me había visto allí ejerciendo de perro sábio. Intenté protestar solemnemente, pero como tenía la boca llena de mienteca, no pude hacerlo hasta que me la tragué. La gente que acudió estaba indignada, y á no ser por la feroz acometida que recibió el caza-perros, no me hubiera librado de sus garras, y á estas horas me encontraría detenido en la prevención canina.

—¿Esto no puede quedar así!—gritó airada la mujer de don Leon.

—Hay que hacer un escarmiento, papá!—agregó una de las niñas.—De lo contrario, no vés á poder salir á la calle...

—Y tienes que proveerte de una certificación facultativa para acreditar tu personalidad,—añadió la otra joven.

—Pero imbéciles, ¿en qué quedamos? ¿Tengo cara de perro ó no la tengo?

—¡Ay papá! no te pongas así, porque amos á creer que tenía razon el agente municipal.

—¡Cálmate, Leon,—dijo la madre,—no des lugar á que el día de tu cumpleaños te regale un bozal en vez de los calzoncillos de malla con que pensaba obsequiarte.

Don Leon refirió el hecho á todos los vecinos tratables de la casa, y los que se consideraron con méritos suficientes para ser cogidos por los lazos municipales

adoptaron enseguida las precauciones necesarias.

La señora de un profesor de pandereíta que vivía en el piso cuarto, exigió á su marido que se recortara la melena á fin de evitar un incidente desagradable.

—No veo motivos,—dijo el músico al oír la pretension de su mujer, para atentar contra mi larga cabellera, que es casi una tradición de familia. Todos mis antepasados tenían el cabello á lo húngaro... Y además, que se me figura una cosa...

—Alguna majadería,—interrumpió la señora.

—Yo creo que si me pelo á punta de tijera, voy á perder la inspiracion para tocar la pandereíta.

—Y si no te pelas, el día menos pensado te confunden con un perro de lanas, de vida aireada. No olvides lo que le ha sucedido á don Leon, y eso que no es tan feo como tú...

—No lo niego; pero... es que el vecino del segundo tiene inclinaciones caninas, y...

—¿No te acuerdas que un día le mordió al casero en una oreja? Por consiguiente, no es extraño que intentaran cazarlo, si sabian este detalle de su vida privada.

—Pascual, no te separes de la cuestion, que el asunto es demasiado serio.

—Bueno, pues me cortaré la coleta.

—Es que no basta con eso.

—¿Eh? ¿Quieres que me corte también la cabeza?

—Lo que quiero es que sigas mis consejos; que hagas caso de mis prudentes observaciones. Si notas que algun guardia te mira con marcada insistencia, debes decirle inmediatamente: usted se equivoca, señor mío. Yo no soy lo que usted se ha figurado; yo no soy perro: soy profesor de pandereíta clásica.

—Entonces sería mejor que llevara un cartel en la espalda con esta inscripcion:

PASCUAL VILLACINCO

PROFESOR

DE PANDERETA Y ZAMBOMBA

—Así estarías expuesto á que te tomaran por un perro anunciador.

—Estoy viendo, que lo más acertado era no salir de casa y freir con tomates el pellejo de la pandereíta. Pones las cosas de un modo...

—Hombre, no seas tan vehemente... Adoptando las precauciones que te he indicado, no sucederá nada. Y sobre todo, si vas despacio por la calle, porque cuando andas de urisa pareces un perro amaestrado.

MIGUEL ENDEZ ALVAREZ

DON JOSEF DAZA Y SU ARTE DEL TORRO (1)

(Conclusion.)

Al frente de la lucidísima cuadrilla de afamosos españoles que han torreado de á pie, viene en el libro de Daza, Juan Rodriguez, de quien refiere que sujetó á un toro por las astas, mientras que el caballero rejoneador, á quien la fiera habia derribado en la plaza de Sevilla, volvió á montar!

De Francisco Romanero se deriva el arrogante proverbio: «A toro que no parte partítele.»

Don Juan de Salazar, caballero cordobés, en una fiesta del matadero de Madrid, provocado por varios señores de la grandeza, se trabó con dos pañuelos, entró á saltos en el corral y rió á un toro bravo haciéndole suertes.

Como en el capítulo extractado acerca de los toreros de á caballo, en este otro, agrupados por provincias, se relacionan todos los de á pie, célebres por entonces en España.

Modestísimo siempre nuestro autor, al punto de apellidarse hasta el final de la obra: «el discípulo de todos», no se incluye en la extensa lista de notables peones, que nos ofrece, y solo de pasada y viniendo á cuento, refiere como la necesidad le obligó á torrear desmontado, en varios ocasiones; por ejemplo en la Plaza Mayor de Madrid en fiestas por el casamiento de los reyes, donde logró burlar á un toro, que le cogió el caballo contra los tableros, sirviéndose en vez de capa ó muleta, del sombrero y peluquín, á la manera que lo había hecho en Cádiz, don Josef Fernandez.

Entre aquellos diestros hace mencion de Juan Miguél, sevillano, hombre de muchos arreos, como lo probó en Sierra Morena, donde al ser acometido por unos bandoleros, en ocasion de custodiar una conducta, mató al capitán, á otro de la cuadrilla, y puso en precipitada fuga á los demás.

Como remate al asunto objeto de los capítulos 13 y 19, afirma el historiador que el marqués del Cerro, natural de Andujar, y otros señores de Córdoba, coangregábanse, y acandrilados honraron muchas plazas á pie y á caballo.

Ahora paso á las damas.

Nicolasa Escamilla (alias la Pajotera) salió á torrear en Madrid y en su patria Valdemoro é ibase al bicho, cantando, como dice Feijóo que acostumbraban á hacerlo los antiguos españoles al entrar en batalla.

Doña Antonia Bretendona, de Sevilla, dueña de ganadería, los picaba de vara larga con inaudita destreza.

Otra sevillana (cuyo nombre calla),

(1) Véase el Suplemento anterior.

«al despedirse del siglo, para enclausrarse monja, se divirtió toda una tarde toreando beceros con el santo hábito.»

Las hijas del conde de Rivadavia también toreaban en sus haciendas de Castilla la Vieja y en 1749 «una granadina, gran gineta» salió en la plaza de Antequera á quebrar garrochones.

Doña Brianda Pavon, en la del Arenal de Jerez de la Frontera, rejoneando desde el estribo de su coche, «mató un toro muy guapo.»

Marina Martin, de Manzanilla, como la Rosalla Morales, ya citada, salia á pié á dos ó tres leguas del pueblo en busca de los toros que traian para la plaza, y los torreaba en medio del campo.

¿A quién aludirá Daza, al fin de este capítulo, al darnos la curiosísima noticia siguiente:

«Cierta Exma. Señora de la Corte, que corren parejas las celsitudes de la padornan con lo raro de su discrecion y hermosura, mandó soltarse en el jardín de su casa, una furiosa ternera y «pexentó y desahogó con ella su robusta aficion toreándola con singular gracia y destreza. Y baste decir el milagro aunque oculte el nombre del Santo; que á tan elevados respetos, aun los pensamientos ofenden. Pues si no fuera por «suprimir á España este blason, ni difrazado me atreveria á proferirlo.»

Particular interés ofrecen los capítulos 23, tomo I, dedicado á puntualizar caracteres generales de los caballos y toros de las distintas regiones de España; el 27 y 28 en que se describen las faenas de los herraderos de Andalucía «en donde se graduan los buenos picadores», y la más famosa de aquellas fiestas andaluzas, por la época del escrito, que era la celebrada anualmente en su «Coto de doña Ana, por D. Pedro de Alcántara Guzman el Bueno, duque de Medina Sidonia.

«El gasto de lo comestible era tan exhorbitante que á veces no bastaban dos ó tres toros.»

Merece leerse así mismo el capítulo 31 del propio tomo, donde se trata de las riñas de los toros, de sus incursiones en el cercado ageno, y se discurre con notable copia de ejemplos sobre el maravilloso instinto de aquellos animales.

«Particular advertencia y manias de dos famosos toros.» Así intitula don Josef el capítulo 37.

Fué el primero un afamadísimo toro de la villa de Torrejon, que «sin duda se hubiese muerto de viejo, si los nueve toreros más celebrados que habia entonces en España no lo hubieran expeñtado alevosamente á un tiempo sin dejarlo reparar.»

Javatillo llamábase el segundo toro adomado al arado y carreta en la labor de la Exema. señora Marquesa de Astorga, en su estado de Villamanrique en el reino de Sevilla.

Con esta fiera lidió Daza á campo abierto y á punto estuvo de morir entre sus cuernos.

Si cuanto va reseñado y comprende, por decirlo así, la parte histórica y descriptiva de la obra, ofrece interesantes noticias la que pudieramos llamar preceptiva y técnica no es menos apreciable y digna de estudio.

La muy erudita y filosófica defensa que se hace en el capítulo III, primer tomo, de la necesidad y utilidad del torro en España; la forma y fondo con que se responde á las objeciones sobre el perjuicio que á la labor de los campos y al abasto de carnes, traen las corridas de toros; el estudio sobre el verdadero origen de tales perjuicios; los reparos puestos á varios escritos sobre el arte taurino; preceptos para la formacion de las plazas y su gobierno; pterechos y equipajes que han de prevenirse para la lidia, «(las garrochas deben ser de fresno de Vizcaya, cuatro varas de largo, sin nudos, repelos ni astillas) la eleccion de toreros y picadores,» (aquí asegura Daza que, de los de su tiempo hubo alguno á quien le duró el caballo seis ó ocho corridas); y las invectivas que lanza nuestro autor contra los pinchunas, tumbones y demás canallas que se arroja al circo para torrear de aficion; materias son todas que trata don Josef con singular conocimiento de causa y sumo grajeo.

Algo escribe á propósito de la Jineta, que fué muy versado en el arte de la equitacion, y aconseja al caballero que debeír muy corto y arrugado de piernas, en la misma figura que una mona sentada al borde de un ladrillo.»

Por último, no deja de consagrar capítulo preferente á las etiquetas observadas en las plazas de toros.

Los constantes abonados á contrabarrera ignorarán tal vez que el autor de «El arte del torro, al insigne garrochista Don Josef Daza, debióse, segun él mismo asegura, la invencion de la maroma ó cable que sustituye á la antigua valla de madera, que solian saltar los toros entrándose en el tendido y ocasionando muchas desgracias.

ESPINOSA Y QUESADA

Manzanilla, 22 junio 1891.

EL DRAMA UNIVERSAL.

Una nueva edicion del Drama universal de Campoamor, publicado en Valencia por el editor Pascual Aguilar, me parece motivo racional para decir algo de este poema, injustamente tratado por

la crítica, y aun por el público, de hace veinte años, y poco conocido de la generacion que hoy empieza á interesarse por las cosas literarias. En otros países, que á cada paso hay que estar citando como ejemplos, una de las manifestaciones más significativas de la reflexion sobre materias de arte, en críticas y lectores, es el estudio de esta clase de obras que ni son de actualidad, ni han adquirido todavía ese valor de documentos históricos, que por sí solo les dá cierto atractivo. En Francia, en Italia, no se diga en Inglaterra y Alemania, con ocasion de nuevas ediciones de libros, más ó menos notables, ó por analizar estudios y comentarios relativos á ellos, vuelve la crítica á repasar su propio trabajo acerca de tales producciones, y se ratifica ó rectifica segun las enseñanzas del tiempo.—En nosotros, para llamar la atencion se necesita ó presentarse con un libro que huela á la imprenta todavía y que traiga aparejado el escándalo de una causa célebre ó cosa semejante, ó se necesita, que la obra que ha de ocupar el pensamiento de unos pocos, sea un prodigio de antigüedad. Aquí unos leen lo nuevo por flamante, y otros, muy contentos, hojean lo viejo por vetusto. Y sucede más. Lo que es moderno, pero no de última hora, como si fuere prehistórico.

La poesia es lo que más pronto se olvida y arrinconan, á pesar de que hasta por su forma se recomienda mejor á la memoria. Verdad es que en España la generacion actual es muy prosaica. En la misma crítica, aun en la buena, predominan tendencias, gustos y aptitudes que favorecen poco el culto general de la poesia. A esto se debe la facilidad con que se coloca á versificadores inspidos junto á poetas verdaderos; á unos les falta el gusto y el discernimiento necesarios, para distinguir; otros distinguen, pero no lo dicen, no hablan de estas cosas á que dan poca importancia. Se leen afirmaciones inauditas sin que casi nadie proteste. Hace pocos dias, una pluma ilustre, despreciaba en monton la poesia lirica de nuestro siglo de oro; poco despues un autor extranjero afirmaba, sin que nada tuviese que objetar el que lo traducia, que hasta ahora Nuñez de Arce no ha hecho más que prepararse mediante ensayos, y que donde va á haber que verla va á ser en un poema que prepara. El mismo Valera, tan juicioso, tan prudente, de tan exquisito gusto, al hablar de los poetas parece que pierde el tacto; y alaba vulgaridades americanas y peninsulares que nadie creeria que pudieran gustarle de veras.

No es de extrañar, viendo esta indiferencia y falta de aficion y aptitudes de la generalidad para saborear la poesia, que obras como El Drama universal queden arrinconadas á los poco años de publicarse, victima de la levis nota que sobre ellos arroja una crítica distraida y escolástica, que juzga poemas como si fueran pleitos ó causas y tiene en cuenta para fallar, circunstancias agravantes y atenuantes.

El Drama universal se publicó en época de gran actividad política, de apasionamientos populares, cuando todavía no habian llegado aquellos años, pocos y dichosos para las letras, en que comenzó una especie de renacimiento de nuestro espíritu nacional, renacimiento que hoy lleva trazas de malograrse. El público, el gran público, no se enteró apenas de la existencia de este esfuerzo del ingenio. La popularidad de las Doloras y de los Pequeños poemas, la de las Rimas de Becquer y aun de los Gritos del combate de Nuñez de Arce jamás lo gozó el Drama universal. ¿Merecia esta suerte? La crítica de aquellos dias viene á opinar que sí; años despues, cuando otros jueces literarios más ilustrados; pero no más expertos en asuntos poéticos, citaban el poema grande de Campoamor para compararlo con los pequeños, confirmaban el fallo desdeñoso y demostraba por a más que el Drama universal no valia cosa. Por de pronto era alegórico ó simbólico ó todo junto, y ya se sabe que el simbolismo es cosa fria. Además recordaba las metamorfosis de Ovidio y la Comedia del Dante; otro sí, era obra muy larga; y la unidad se disolvía en la variedad; ahogaban la accion principal los episodios. Iten, esta no es época de epopeyas, etc., etc., etc. Todo esto y más, se dijo para condenar el Drama universal. Y así Dios me salve como creo que la mayor parte de los que tal escribian y decian no habian leído el poema entero. A muchos de nuestros literatos, críticos ó no... valga la verdad, no les gustan sus versos. El Drama universal ocupa en la nueva edicion, 400 páginas, con seis cuartetos cada una, al menos la mayor parte. ¿Quién lee tanta poesia? se dirán los mismos que llenan de prosa tomos y tomos.

Yo no digo que el poema de Campoamor esté libre de todos los pecados que le atribuyen; pero si afirmo que solo pueden juzgarlo, en justicia verdadera, los que lo han leído todo, con atencion, reflexionando, sabiendo saborear la infinidad de bellezas de sus episodios.

Hasta pereza se siente, llegadas las cosas á donde han llegado en la crítica moderna, si se trata de examinar el poema de don Ramon como tal obra épica, en el sentido escolástico de la palabra; si se trata de estudiar su propósito trascendental, su composicion, la unidad de su idea, sus filosofías y demás grandezas ideales... Es muy posible, que si á estos puntos difíciles llegáramos... tuviera yo que separarme mucho de la opinion de don Ecequiel Ordoñez, el cual ha puesto á la nueva edicion del Drama

universal un prólogo, del que lo menos que se puede decir es que sobra.—Es claro que el Drama universal no ha encontrado la fórmula de la epopeya de nuestro siglo; ni es cosa segura que esa fórmula pueda parecer. Este poema hubiera ganado con no ser poema, con parecerse menos á las máguinas de Ovidio y de Dante, y más al procedimiento de Victor Hugo en La leyenda de los siglos, que tiene unidad en la linea del autor y en el desenvolvimiento del espectáculo de la humanidad segun el poeta; que no tiene, ni aspira á tener unidad de fábula, de accion épica, constante. Perjudican tambien mucho al Drama universal, convirtiéndola en obra secundaria, por lo que toca á la idea general, las repetidas alusiones dantescas, algunas verdaderamente de escativas pretensiones como v. gr. la de aquella lágrima de Horacio que borra la inscripcion de la entrada del infierno leida por Alighieri. Todas estas reminiscencias de la Comedia hacen del Drama universal un ensayo academico, escrito en vista del modelo; son un tema de variaciones más ó menos inspiradas, porque tienen el defecto capital de todas las fantasias sobre música ya inmortal en su primera manera. Pero si prescindido de esto, que condeno, y del alcance filosófico del poema, que ahora no juzgo, llevo, por fin, á lo que quiero hacer notar. Lo que no vale como poema el Drama universal lo vale como arsenal, como conton poético, y en él manifiesta Campoamor cualidades de poeta descriptivo, que no suele lucir en otras obras suyas; y en lo que toca á la narracion, genuinamente poética puede asegurarse que el Drama universal ofrece modelos que no ha igualado ninguno de los poetas españoles contemporáneos.

Creo conveniente estudiar esto con algun detenimiento, porque en el Drama universal, tienen, á mi juicio, no poco que aprender los poetas españoles jóvenes que suelen acudir para encontrar modelos á fuentes menos puras, por lo que importa á la forma, ya de otras obras de l mismo D. Ramon, ya de otros autores contemporáneos.

Dejemos, pues, el Drama universal, por lo que atañe á su filosofía y á la de don Ecequiel, y hablemos en el próximo y último artículo, de los episodios del poema y de su estilo.

CLARIN.

CARTA SEMANAL DE LONDRES

La atencion general está hoy concentrada en la visita del joven emperador de Alemania á su augusta suegra la reina Victoria.

Descartando como inverosímiles los mil comentarios que del viaje se hacen, y sin dejar de reconocer la probabilidad de que tras del viaje se oculte un fin político, lo cierto es que son muchos los que creen que el principal objetivo del joven emperador ha sido satisfacer su deseo de viajar y ver la altura á que se encuentra el imperio británico en materia de guerra.

Por eso en lo único en que ha manifestado empeño es en ver una revista, deseo á que naturalmente se ha accedido con gusto por el gobierno de S. M. británica.

De cuantos chismes y cuentos han circulado acerca de rozamientos entre el tío y el sobrino, ni yo puedo creer que éste cometa la indisculpable ligereza de indisponerse con aquel, ni el Príncipe de Gales es capaz de sufrir que su sobrino se las eche de dómine con él. Creo, por el contrario, que le recibirá cordialísimamente, aun cuando no fuera más que por rendir tributo á la buena educacion, pues al cabo y al fin no se invita á nadie á que venga á la casa propia para no hacerle la estancia en ella lo más grata posible.

Esto es tanto más de creer cuanto que el joven monarca, segun parece, no obra tan á la ligera como se cree, puesto que, segun una curiosa revelacion del corresponsal de El Times en Berlin, la caída del Principe de Bismarck no ha sido una resolucion tomada de pronto, sino que estaba ya acordada por el primer Guillermo, así como el nombramiento del sucesor, que era el que despues ha sido nombrado general Caprivi.

El motivo, segun parece, fué que el anciano emperador llevó muy á mal el nombramiento de ministro hecho en favor del conde Herberto de Bismarck, nombramiento que el emperador calificó ante un grupo de generales como un acto de nepotismo.

Sea de ello lo que quiera, no tardaremos en saberlo, porque el cauciller no es mudo y está ya aguzando la lengua para hacerse oír en el próximo otoño.

Ayer llegó el agosto huésped á Windsor, y en los diez dias que ha de estar en Inglaterra no ha de poder dar abasto con facilidad con todo lo que tiene que hacer.

Magníficos arcos y preparativos adornan calles y plazas, vistosas colgaduras ondean por medio de ellas en la forma que aquí se usa, muy diferente por cierto de la de nuestro país.

La visita regia á Guildhall promete ser espléndida é imponente. Tambien debe serlo mucho la funcion de gala en Covent Garden. El ver por las calles de Londres tropa á las nueve de la noche, será una novedad que llame la atencion.

cion. En la sala de Covent Garden, el efecto de los uniformes en los hombres y trajes de corte en las señoras, que es de rigor. Pero aquí sí que puede decirse que serán pocos los escogidos. Los uniformes particularmente, donde más podrán lucirse es en Wimbledon, cuando tenga lugar la famosa revista. Ya se pagan á precio fabuloso las ventanitas de algunas casas por cuyas calles ha de ser forzoso el tránsito del regio húsped.

Acompañará á S. M. II. una escolta real, y en la estación habrá tropa también. La carrera hasta Windsor estará cubierta de tropa. Las banderas militares alemanas tocarán.

El miércoles llegará á Gaddington el emperador, en tren especial desde Windsor, y recorrerá en carruaje las calles de London, Hyde Park, Constitution Hill al Palacio de Buckingham, adonde debe llegar á las ocho para ir á las ocho y media á Covent Garden, yendo al teatro por St. James Park, Pall Mall, Leicester Square y llegará á la Opera á las nueve de la noche.

El jueves nueve saldrá el emperador del palacio de Buckingham á las cinco de la tarde, para ir Malborough House por Pall Mall, St. James-Park á la fiesta en el jardín del Palacio de St. James. La reina llegará próximamente al mismo tiempo por el mismo camino, y se volverá á Windsor á las nueve.

En la misma noche á las nueve y media irá el emperador al Salon de Albert (Albert Hall), de donde regresará al palacio de Buckingham á eso de media noche.

El viernes 10 el emperador visitará á la City y pasará por Cheapside para ir á Guildhall. Después del lunch en Guildhall, volverá al Palacio de Buckingham é irá á comer con el duque de Cambridge y volverá al baile del Palacio de Buckingham.

El sábado irá en coche á las dos de la tarde á la embajada de Alemania, donde tomará el lunch, saliendo á las cuatro de la tarde para Wimbledon y volverá por la misma ruta por la noche. Ese día irá al Palacio de Cristal, donde habrá función de gala.

El sábado, día de llegada, S. M. MM. descansaron y tuvieron un concierto en Windsor.

Dios quiera que todo ocurra sin la menor alteracion.

Ya son esposos felices Mrs. O Shea y Mr. Parnell.

La celebracion de la boda tuvo lugar con el mayor secreto posible. La novia lucía vestido negro de brocado de seda con una mantaleta de encaje y sombrero negro con rosas encarnadas.

La razon de haberse casado en Steyning, es sencilla. No le fué posible á Parnell, segun ha dicho á una reporter, conseguir la licencia para casarse más que allí, y para no demorarlo más aceptó el casarse en Steyning civilmente, reservando para despues la ceremonia religiosa que tendrá lugar en Londres dentro de quince dias, tan pronto como haya puesto casa en Londres.

Con respecto al casamiento Parnell, declara que no ha influido en él absolutamente nada la cuestion política. —Mimnjer y yo—dice Parnell—somos completamente felices. En cuanto á mí, puedo asegurar que ahora disfruto la felicidad más grande que podia experimentar en mi vida.

Un reporter de The Star dice que vió al ex-Lider proveyéndose en Cheapside, dias antes, de todo lo necesario para su enlace, y describe al fiero Lider de otras veces preparándose para su próxima campaña conyugal.

El corresponsal de The Star vió á las siete de la mañana del miércoles á mister Parnell, rebosando alegría, puesto de veinticinco alfileres, con una flor en el hoyal de la levita, con paso menudo y cara sonriente, mariposar de tienda en tienda.

En una de ellas, Mr. Parnell se detiene, hace que le presenten todo el muestrario y elige, despues de minucioso examen, el anillo que ya dice en la mano de Mrs. O'Shea que ha dejado de llevar este nombre y que le corresponde el de Mr. Parnell.

Así pudo pensar el corresponsal al ver desde la calle un hueco en el muestrario de anillos.

Bajo el punto de vista de los católicos irlandeses, no existe, ni ha existido, matrimonio, en absoluto, entre Mr. Parnell y Mrs. O'Shea. No puede existir mientras viva el capitán O'Shea. El matrimonio de éste fué un sacramento y una ceremonia católica, que no puede ser anulada por la conducta de la mujer. La autoridad de la Escritura ha debido prevalecer: «Lo que Dios ha unido, el hombre no puede separarlo.» Ningun católico debe reconocer en los tribunales ingleses ó en la reina inglesa un poder respecto á los sacramentos católicos que la misma cabeza visible de la Iglesia católica no puede declinar.

Para los católicos, Mr. Parnell y mister O'Shea están exactamente en las mismas relaciones que antes de inscribir juntos sus nombres en el «Libro registro del matrimonio civil.»

Todo esto dice la prensa; y yo solo digo que les deseo mucha felicidad en esta vida y que Dios les perdone sus pecados en la otra.

El periódico de Londres titulado The

News Paper invitó á sus lectores, hace algun tiempo á que por sufragio universal le confirmaran ó cambiaran el título. Cada votante debía enviar el título que creyere más adecuado, y muy grande ha sido la satisfaccion del periódico al ver que la mayoría ha opinado que el nombre de El News Paper es el más adecuado.

Hé aquí el resultado de la votacion:

El News Paper.....	7396
The Summary.....	3524
The Epitomiste.....	1963
The Onlooker.....	1959
The Ynformer.....	1237
The Digeste.....	1095

El bantizo de la hija de la princesa Alejandra de Gales, duquesa de Fife, se ha celebrado en Windsor con gran pompa. La ceremonia tuvo lugar en la capilla real del palacio. Cuando llegó la reina á la capilla, el duque de Fife le dió el brazo y la acompañó hasta la capilla, en donde se sentó en los sillones preparados para los padrinos, á la derecha del altar, uniéndosele poco despues los principes de Gales.

El arzobispo de Canterbury, ayudado por su capellan, actuó con las ceremonias de costumbre. El agua con que fué bantizada la princesita ha sido traída del Jordan; por lord Rounton.

Asintiendo á los deseos de los duques de Fifes, la niña no llevará el título de alteza, sino el de lady Alexandra Duff; por consiguiente, la ceremonia fué sumamente sencilla; la recién nacida, en los brazos de su nodriza Grieg, fué la primera que llegó al altar, recibiendo una infinidad de besos de las princesas reales al sentarse éstas allí.

Cuando preguntaron á la reina: ¿qué nombre quiere V. M. se dé á la bautizante? respondió claramente, sin la menor excitacion: Alejandra, Victoria, Alberta, Eduarda, Luisa. El primer nombre es el de la princesa de Gales y del duque de Fife, que llevan el mismo; el segundo el de la reina; el tercero y el cuarto los del príncipe de Gales y el duque Clarence, y el quinto el de la madre.

Despues del bantizo ocurrió un episodio gracioso. El arzobispo se disponia á decir la recién nacida á la reina; pero S. M., que probablemente conocia mejor que el arzobispo lo que la costumbre preceptúa, indicó á la princesa de Gales que era obligacion suya, como segunda madrina, recibirla. La princesa tomó otra vez la detenida sriatura y despues que la reina la dió un beso en la frente, la entregó á la nodriza.

Tan pronto como terminó la ceremonia, la reina regresó á sus habitaciones.

Katy Greenfield, nueva Elena, va á ser causa de una guerra parecida á la de Troya. Se ha teleografiado al gobernador general de Azowaijan, por real despacho, para que obtenga la libertad de la joven secuestrada, á todo trance, y se dice que los Kurds han declarado que si se usa de la fuerza devolverán el cadáver de la joven.

El príncipe Nosrat Dowlech, con una fuerza de 800 infantes y 150 caballos y una batería de artillería, ha salido de Tauris para Sonj-bolak. Dos regimientos de 300 hombres se unirán al príncipe en Miandoab.

Katy Greenfield, aterrada por los Kurds, se resiste á ir donde mandan las autoridades locales, porque está convencida de que la matarán en el momento en que salga del consulado.

Hasta ahora habíamos visto raptos marítimos y terrestres; pero el progreso de los tiempos ha dado origen á un nuevo método: el rapto en globo.

Una señora llamada Mrs. Godriche se presentó á las autoridades de City Hall de San Luis con el objeto de reclamar su hija Clara, que se había escapado la semana anterior con un aeronauta llamado Walter Coper.

La joven, vestida de hombre, con un traje de su hermano, se escapó á Pittsfield, donde ascendió en el globo con su amante. El padre la persiguió, pero llegó justamente en el momento en que comenzaba la ascension. Espera á saber donde han ido á parar para seguir sus pesquisas y ha jurado que en donde encuentre al raptor, lo mata.

De manera, que á menos de no vivir en el globo (no en el terraqueo, en su nido de amores) me parece que el aeronauta va á pagar cara su broma del rapto aéreo.

Los periódicos de la vecina república dan cuenta, con gran encomio, del nombramiento de delegado de Hacienda de España en París, recaído en nuestro compatriota Sr. D. Carlos de Ochoa Madrazo.

La Liberté dice: «Con grandísimo contento hemos sabido que por real decreto firmado, en Aranjuez, por S. M. la reina regente, D. Carlos de Ochoa Madrazo ha sido nombrado delegado de Hacienda de España en París.

En el momento en que los títulos de toda la deuda exterior van á ser renovados, el nombramiento del Sr. Ochoa tiene doble importancia, porque demuestra la confianza que el gobierno presidiendo por el Sr. Cánovas del Castillo tiene en las cualidades morales y gran compe-

tencia financiera del señor Ochoa Madrazo.»

Nos complace extraordinariamente que se haga justicia en el extranjero á nuestros compatriotas, máxime cuando el elogio es evidentemente justo.

E. DE OYA.

Londres 3 julio de 1891.

DESDE EL BOULEVARD

El acontecimiento de primera magnitud en Europa es la renovacion de la Triple Alianza.

Torrenes de tinta se han derramado sobre el papel de ocho ó diez dias á esta parte para discutir, primero si el pacto entre las potencias centrales habia ó no sido renovado; despues para sorprenderse de que la renovacion fuera consumada ó para deducir los consecuencias de tal hecho político.

Confesamos humildemente que nuestra verdadera sorpresa hubiera sido que la triplece hubiera espirado sin renovarse, y que era sobrada inocencia pensar que las tres potencias aliadas iban á esperar á renovar sus pactos la fecha en que éstos debían concluir.

Mientras subsistan en pie los amenazadores problemas creados al terminar la guerra del 70 y pasablemente embrollados en los veinte años siguientes; mientras franceses y alemanes stgan echándose miradas de odio por encima de la Alsacia-Lorena; los risos y los austriacos continúan enseñándose los dientes á través de los Balcanes; los italianos pensando que su rango de gran potencia estriba en sus alianzas con los imperios del centro, y no se apaguen las ambiciones, entre todos compartidas, de comerse pequeños estados como la Servia, la Bulgaria, el Luxemburgo ó la Holanda, ni se disipen sueños, bien naturales, de revancha ó de reintegracion de territorios, en mal hora perdidos, el equilibrio europeo tiene que tener por punto de apoyo la punta de las bayonetas y Europa estar convertida en un cuartel.

Y como mientras tal situacion subsista sería insigne locura que cada nacion pensara en aflojar los lazos que duplican ó triplican sus fuerzas, y lo cierto es apretarlos y buscarlos nuevos, era lógica indistentemente la renovacion de la que los aliados llaman liga de la paz, y que lo será, á nuestro juicio, mientras los que la formaron no quieran, ó necesiten hacer la guerra.

Es inútil repetir que la Triple Alianza obliga á constantes y progresivos armamentos que arruinan á Europa entera, empezando por las tres naciones aliadas.

El bello ideal del desarme no puede realizarse si la media docena de naciones que ocupan el primer rango no se ponen de acuerdo, resolviendo á su mutuo gusto y conveniencia, en paz y en gracia de Dios, las dos ó tres gruesas dificultades que las dividen; y desgraciadamente se ha visto, á poco que se tanteé el terreno, que esa pacífica inteligencia y esas pacíficas soluciones son sólo sueños.

Cambiar las cosas de como han quedado en el mapa de Europa, es hoy por hoy imposible de otro modo que con una guerra desastrosa.

Vale más, pues, la paz armada de que disfrutamos.... ¡y mucho dure!

Los ingleses, que siempre se distinguieron como hombres prácticos, y á quienes les tiene sin cuidado que en el continente nos hagamos harina de flor si sobreviene el choque, con tal de conservar ellos el imperio de los mares, que les asegura su rico imperio colonial, han acabado por arrimarse más ó menos directamente á la triplece, y con ese estilo puro inglés que llevan á todos sus contratos sin obligarse á nada ó á casi nada, han previsto el caso de la guerra europea y tomado sus medidas para que no se cambie en nada la situacion actual del Mediterráneo.

Esto que á algunos parecia una novedad cuando se ha sabido, no nos ha sorprendido, como tampoco nos sorprendería el día de mañana que al mismo tiempo hubieran hecho otro convenio con Francia ó con Rusia que les asegurase la neutralidad del Canal de Suez ó la posesion de la India. Cosa en que los ingleses ganan sin arriesgar nada, la encontraremos siempre perfectamente natural. Lo que no creíamos, aunque lo viésemos, sería que el resultado práctico del viaje del emperador Guillermo á Londres, fuese la adhesion de Inglaterra á la Triple Alianza, en forma análoga á la que ocupa hoy Italia, de auxiliar con todas sus fuerzas á cualquiera de las otras potencias atacadas.

Si el emperador Guillermo, tan aficionado á las sorpresas, no se hubiera cansado de asombrar al mundo, tenia ahora una buena ocasion de cubrirse de gloria y facilitar el camino de ese bello ideal de la paz sin armas.

La adhesion, aún casi platónica de Inglaterra á la Triple Alianza, que parece ser el objetivo práctico del viaje, daría nueva fuerza para poder, sin escrupulo, enmendar el error de Bismarck y Molke de la anexion de la Alsacia Lorena y proponer á un Congreso europeo la neutralizacion de esas dos provincias.

Pedir más por hoy sería gollería, solo justificable en el amor patrio y en los naturales sentimientos de los franceses.

Pero dado hoy ese primer paso con la neutralizacion sería fácil á la vuelta de algunos años que alsacianos y loreneses

decidieran en un plebiscito cual habia de ser su definitiva nacionalidad. Y de aquí entoces esa nueva situacion de las fronteras, ese primer cicatrizante puesto á la herida que dejó abierta la guerra del 70, habria preparado el terreno para la entrada de Francia en la triple alianza, que entoces con la Inglaterra ya adherida sería quintuple y se habria llegado á la única solucion pacífica del problema europeo, y solo así, con guerra ó sin ella, podría contenerse en dia no lejano el desbordamiento sobre Europa entera de la raza slava.

Desbordamiento inevitable y terrible para lo cual ni las alianzas ni los aislamientos actuales serian dique bastante fuerte.

Pero vaya usted á saber si el emperador, que quiere indudablemente cubrirse de gloria, lo vé por ese camino.... ni si estas hipótesis nuestras son un solemnisimo disparate.

Por telégrafo hemos enviado á esos lectores las fases que ha recorrido la proyectada y fracasada huelga de la alimentacion.

Si insistimos sobre este asunto no es para ampliar el relato de los últimos sucesos—lo cual sería simplemente cansar al lector—sino para sacar las consecuencias de esos sucesos mismos, en las cuales se encierra una leccion tanto para los obreros como para los que se ocupan, y deben ocuparse, de los problemas sociales y del movimiento obrero, que han de ser la característica de este año 1891 y el punto capital de la historia de este fin de siglo.

En este conato de huelga de panaderos y carniceros ha resaltado con toda la fuerza del hecho brutal que cuando el obrero tiene trabajo y este trabajo está suficientemente retribuido, no bastan los esfuerzos de los agitadores para arrastrar á ese obrero á la huelga, y que la materia más dispuesta á la revolucion social con todas sus terribles consecuencias son los obreros sin trabajo por falta de él, y los que nunca trabajan porque no les da la gana y esperan pensar á rio revuelto.

Los políticos y los legisladores deben, pues, aprender en tales ejemplos que el movimiento actual debe encanzarse por tres esfuerzos paralelos: leyes paternales para los obreros de veras, leyes severas contra los vagos, y política y legislación que tiendan á abolir la miseria abriendo fuentes de trabajo.

En las grandes industrias y en las minas, donde verdaderamente puede ser explotado el obrero, es donde irá el remedio con las leyes que actualmente estudian todos los gobiernos sobre reglamentacion del trabajo, reposo dominical, cajas de socorros y de retiros.

Los oficios, el campo de operaciones del obrero artesano, se pacificarán limpiando de vagos y agitadores de profesion las grandes ciudades.

Y todo cuanto tienda á abrir fuentes de trabajo y abaratar la vida producirá en el verdadero trabajador de la clase que sea un bienestar que le aleje de ideas negras y violentas, una ocupacion que le haga desear la paz y no los trastornos que le impidan todo trabajo.

Y cuando á más de esto al obrero se le dé tiempo para instruirse y se le obligue á la instruccion facilitándosele, los agitadores encontrarán en él la misma resistencia á seguirles que han encontrado la semana anterior en París en los panaderos que amasan á diario y los carniceros que matan y cortan todos los dias.

Los países que así lo comprendan—y España nos parece que ha empezado á comprenderlo con las leyes obreras en proyecto—encanzarán el movimiento sin ser ahogadas por él, pues pretender ponerle un dique es insigne locura y hasta la voz de la Iglesia se ha levantado eloquentemente en este sentido en la notable Enciclica de Leon XIII últimamente publicada.

RICARDO BLASCO.

Paris, 1.º de julio de 1891.

Si este fin de siglo ha de distinguirse por acontecimientos verdaderamente maravillosos, la semana última, si cumple todo lo que nos tiene anunciado, habrase ganado justamente el calificativo de semana fin de siglo.

Un sabio ilustre ha echado á volar la noticia de que uno de estos dias demostrará con experiencias públicas que tiene resuelto, por lo menos en principio, el problema de la navegacion aérea.

Desde que Montgolfier—inspirado en los velos que habían tomado unas enaguas de su mujer infladas por el aire caliente que recogieron al ser prestas á secar recién almidonadas—conibió y ejecutó la idea de lanzarse por los aires en un globo de papel, han sido infinitos los inventores que han anunciado á la humanidad la resolucion de tan árduo problema sin que la humanidad haya visto volar más que las ilusiones de esos mismos inventores.

Porque, vamos á enentas, no puede llamarse volar flotar en la atmósfera á merced de los vientos, como lo hace hoy cualquier capitán de feria ó cualquier aficionado á las emociones fuertes.

Volar ha de ser navegar en la atmósfera dirigiéndose y moviéndose en ella como el marino se dirige sobre la superficie del agua y como, por desgracia, no

ha llegado aun á poder navegar bajo esa superficie.

La maravilla, ó por mejor decir, el maravilloso descubrimiento que se nos anuncia, no es la direccion de los globos. Si así fuera, nos hubiera dejado la noticia tan frios como los que anteriormente nos han prometido en vano construir globos dirigibles.

Siempre hemos creído que así como se ha conseguido la navegacion acuática por medio de aparatos que se aproximan en su forma y mecanismo á la forma y medios de accion del pez—que no otra cosa son los barcos—así mismo, si alguien nos ha de llevar por los aires será aquel que consiga apoderarse de los secretos que encierra el organismo de las aves y sepa construir aparatos que como ellas se muevan á voluntad en la atmósfera.

Con los globos no se conseguirá nunca sino flotar en la atmósfera á merced de los vientos, como con una pelota vacía ó llena de algun fluido más ligero que el agua, conseguiriáse solo flotar en dicho elemento á merced de las corrientes y de las olas.

Se trata en el caso presente de algo que pudiera aproximarse á la solucion del problema—y solo esta aproximacion sería un paso de gigante y el nombre del inventor que nos lo anuncia merece crédito.

Ader, el inventor del teléfono, hoy casi universalmente adoptado; es quien nos promete las emociones de que disfrutó el pájaro en el aire.

Seis años de estudios y secretas tentativas; numerosos viajes á las regiones más altas del globo para estudiar de cerca el águla y el condor, esos reyes del espacio, parece que han conducido al ilustre sabio á ir perfeccionando un invento que no ha querido ensayar públicamente sino al estar seguro de su aparato.

Ader ha construido ó pretendido construir un pájaro, es decir, un aparato en que cada pieza responda, en su estructura y en su utilidad á los huesos, músculos, plumas, etc., que el pájaro utiliza para moverse en el aire.

La vida será infundida á este aparato por la fuerza que dentro de cien años—acaso antes—gobernará el universo entero: la electricidad.

Las experiencias que se nos anuncian serán modestas, como el inventor. De buenas á primeras no pretende subir y moverse á millares de metros de altura. Ader demostrará la posibilidad de la navegacion aérea á quince ó diez y seis metros de altura y en un espacio relativamente limitado.

Si el aparato de Ader sirve será cuestion de tamaño y dinero el subir más alto y volar más lejos.

Si no sirve... no tendrá necesidad de caer de las nubes para convencerse de que el aire sigue siendo libre y resistiéndose á que el hombre lo domine.

Pero hay algo más notable, más gordo entre las maravillas que en la semana se nos han anunciado.

La navegacion aérea se queaa tamañita ante la posibilidad de acabar con los médicos.

Quevedo y Mottre deben haberse regocijado en sus tumbas, si hasta ellas han llegado los ecos de la proposicion que un Sr. Khorf ha hecho al Municipio de París.

El Anti-Médico, como por aquí se le llama ya, propone construir, á sus expensas, un hospital en el cual los enfermos no tomarán medicinas, se limitarán á seguir los principios higiénicos más en armonia con la naturaleza humana y á alimentarse con lo que la naturaleza ofrece á la voracidad del hombre, sin adobos, condimentos, vinos, alcoholes y otros venenillos más ó menos disimulados y menos ó más agradables.

Khorf ofrece, si al cabo de un año de funcionar su hospital no han salido de él curados más enfermos que en los hospitales regidos por médicos y en que se cura (ó se mata) con drogas, cien mil francos para los pobres de París.

A la proposicion ha acompañado un cheque por diezta suma como garantía de su palabra y como prueba de que cuenta con dinero bastante para construir su famoso hospital.

El Ayuntamiento de París parece que se resiste á aceptar la proposicion de Khorf.

No creemos que esa resistencia nazca de que París cuenta una media docena, larga, de concejales médicos.

Pero quizás por haber llegado en sus teorías á ciertas exageraciones (que se prestan á la risa), no vea Mr. Khorf construido su hospital, y perdamos, acaso, la gana de que quede demostrado palmariamente que los médicos son una de las plagas más terribles de que sufre la humanidad.

Mr. Khorf, interrogado por un periodista, amen de cosas un tanto discutibles, como que debe dejarse crecer el pelo y la barba sin cortarlo jamás, y que deberíamos contentarnos, en materia de vestido, con lo que la madre naturaleza nos hiciera crecer sobre la piel, ha dicho cosas muy puestas en razon.

Realmente sus teorías sobre la vestidura—mejor dicho la no vestidura,—puestas en práctica recogerían á algunos al principio. Pero convengamos en que durante inviernos como los que se pasan en París, ese traje primitivo sería poco abrigado. La naturaleza ha sido

poco previsor con el hombre y no le ha dado un abrigo de pieles natural, como al oso.

Pero dejando a un lado estas exageraciones, que se prestan a lo cómico, las teorías de Khorf y su proposición tienen mucho de bueno.

Se reducen, después de todo, a poner en práctica la medicina natural, la única que los mismos médicos reconocen racional y eficaz, adornándola con el científico nombre de higiene.

Un hombre nace vigoroso y sano. Desde su infancia se comienzan a estropear sus músculos, excitar sus nervios, tirarle sus órganos, abresar su estómago con una porción de productos cuya ingestión no había previsto la naturaleza.

El cuerpo tolera en la infancia las sales minerales, los venenos, las resinas cáusticas, las bebidas nauseabundas... pero no tardará en vengarse.

La mayor parte de las enfermedades que contrae a los treinta años, suelen provenir de lo que le hicieron tragar para curarse cuando era niño.

Se podrá tachar de vulgaridad el exponer estas teorías; pero ¿quién negará que no hay mejores remedios que el sueño, el aire puro, el ejercicio, el agua limpia, las frutas, la abstención del tabaco, del alcohol y de otras muchas cosas tan agradables como malsanas?

Pues era la medicina que propone para su hospital Mr. Khorf.

Después de todo, con eso y unos globulitos, curan los homeópatas.

Y el hospital que proponía sería un hospital para los enfermos.

Los hospitales actuales suelen ser para los médicos. Díganlo si el sabio anónimo de cuyas experiencias dió cuenta días pasados el doctor Cornil en la Academia de Medicina y que han producido la indignación de todo el mundo.

Era éste un cirujano que se entrenó en hacer experiencias en *anima vili* y aprovechando el sueño producido por el cloroformo en los enfermos de cáncer que operaba, al extirparles el cáncer en una parte del cuerpo, se lo inoculaba al mismo enfermo en parte distinta... ¿verá si se atreve?

Y ya lo creo que se atreve!

Lo que no aprendió ese apreciable doctor, a pesar de estos juegos científicos, fue la manera de curar tan terrible enfermedad.

Los chinos son gentes avisadas y en su manera de tratar al médico está conforme Mr. Khorf. Le pagan mientras están buenos y en cuanto se ponen malos, el médico deja de cobrar hasta que vuelven a gozar salud.

Y es natural, la salud es lo que vamos a comprarle al médico y solemos pagarle por irnos al otro mundo con sus drogas.

Verdad es que yo conozco algunos que son más avisados que los chinos.

¡No pagan al médico jamás!

¡Lo cual es valor! Porque se atreven hasta ponerse malos y seguirle llamando.

RICARDO BLASCO.

Paris, 8 de julio de 1891.

A SELGAS (1)

CANTOR DE LAS FLORES

Como justo homenaje a tu memoria en ritmo que se hace con bellas flores de las que el cantante... en ecos de dulzura arrobadores; pero al fin de la vida... y no puede rendirte el alma mía el pobre, modestísimo tributo que rendirte quería... Por tu muerte florada todavía las flores del vergel están de luto y envidiosas de verlas tocadas la poesía.

Aun lloran con tristísimos centros de arena melancólica amargura el poeta que sus dulces sentimientos expresaba con cálida ternura... con entusiasmo fervido y vehemente que el alma promedia augusta calma... ¡El vate no conoce si no siente la poesía en el alma!

Tú la sentías como don del cielo en toda su plenitud maravillosa y la adorabas con ferviente anhelo... ¡En la Naturaleza... encontrabas tu espíritu el consuelo que le da el artista la bellura!

Y así cantabas las sublimes obras del supremo Hacedor, y era tu canto impregnado de lánguida dulzura, suave nota en el himno sacrosanto con que el Creador bendice la Naturaleza. Mas de tu voz los ecos selectores... que siempre extinguió la muerte implacable... que no están de pesame las flores y en envuelta en negras tocas la poesía.

Y solo encuentra en la verdad falsa, ambición en el santo patriotismo, en el amor traición y felonía, en la inocencia ruin hipocresía, en la noble amistad, el egoísmo. Arte mezquino, el arte que del eterno Bien al hombre aparta y no eleva hasta Dios el pensamiento... ¡Naturalistas! Pálida a vuestras obras la fe del corazón... ¡el sentimiento!

¡Ah! Cantor entusiasta de las flores que ballabas siempre delicadas, bellas, cual si vieres en ellas... en las rosas de pámpanos amores, las rosas, azucenas y jazmines, símbolos del pudor te parecían, porque en el alma tuya no cabían los sentimientos bastardos y ruines.

¡Admirabas el culto que ofrecían las flores a Natura, como el culto que al cielo dan los astros con los destellos de su lumbrera pura en que el misterio de la luz se encierra... ¡Quizás juzgabas en tu dulce anhelo que las estrellas son flores del cielo y las flores estrellas de la tierra!

Y conociendo el corazón humano, sabiendo sus intensas amarguras, veía tu idealismo soberano emblemas de venturas en las flores que adornan los verjeles; en las rosas de mayo, siempre puras, en los lirios y narcisos y claveles. Y es que pensabas que si en sena tierra florecen risados pensamientos, así en el alma en que la fe se encierra brotan puros y castos sentimientos.

Que si al grato perfume de las rosas el ambiente embalsama, llenándolo de esencias olorosas, el corazón que en el amor se inflama percibe los estímulos seductores de grandes ideales que venera con entusiasmo y fe... ¡porque las flores más bellas y queridas de un noble corazón son sus amores!

Bien hiciste al cantar en las sentidas poesías delicadas, bellezas por tí sólo comprendidas, ternuras por tí sólo reveladas. Bien hiciste, poeta individualista, cantando las grandezas ignoradas que sólo al genio comprender es dable; de tu obra el recuerdo subsiste en los honrados corazones que al encomiar tu innarrable gloria no te otorgan mundanos galardones... ¡lloran mejor tu terrena memoria con lágrimas de amor, con bendiciones!

¡Fuerde cantar de todo lo grandioso; tu espíritu entusiástico y sereno en lo deforme no trocó lo hermoso... ¡Amaba la virtud, odiaba el vicio! Mas de tu voz los ecos seductores para siempre extinguió la muerte implacable... ¡Por eso están de pesame las flores, y envuelta en negras tocas la poesía!

CALIXTO BALLESTEROS.

LA SIESTA DEL LEON.

(Victor Hugo)

Duerme el leon en su cueva, con el sueño abrumador de una siesta en un calor el sol en átomos lleva.

El desierto, que procura escuchar, respira en tanto, pues le causa fiero espanto el huedo de la lanura.

Su respiración sin ruido se agita: el ojo entornado está, duerme sin cuidado, enormemente estendido.

Pinta la paz de la muerte su faz, y tiene en su sueño, del sabio, el alivio ceño, la una tranquila del fuerte.

El sol, que seca cisternas, no pone a su sueño fin; parece un bosque y un río, y su boca las cavernas.

Ve acaso osos y peliones, montes que al cielo se atreven... en esos sueños que deben agitar a los leones.

Todo calla en monte y llano, do sus pasos se extraviaban. ¡Cuántas moscas volarían si él moviese pata ó mano!

JAYME MARTI-MIQUEL

MOSAICO MADRILEÑO

Madrid de viaje. — Los que nos quedamos. — Un absurdo tributario.

En vano ha sido que la ciencia médica y la estadística declaren que Madrid es una estación de verano muy aceptable, en tanto que es funesto durante la estación de invierno. La costumbre, más poderosa que la ciencia, trae a las gentes acomodadas a esta antecala del cementerio, en cuanto se registran las primeras pulmonías y la hace emigrar así que empuja a dejarse sentir el calor.

Antiguamente solía preguntarse: — ¿Sale usted este verano de Madrid? Hoy, dándose por indudable la salida, varíase la forma de la pregunta, y se dice: — ¡A dónde va usted este año? Las contestaciones no pueden ser más variadas, y en ellas van desfilando los nombres de todas las playas y de todas las estaciones balnearias y todas las aguas medicinales. Por fortuna, y en

buena hora se diga, basta leer los prospectos de nuestros establecimientos de aguas para que se comprenda que aquí el que se halle enfermo será porque se le antoje, pues no hay fuente mineral que carezca de virtudes medicinales bastantes para devolver la vista a los ciegos, la fortaleza a los anémicos, la ligereza a los burlados y hasta la vida a los cadáveres. Además, la existencia en dichos establecimientos es cosa de gusto; hay algunos donde los enfermos tienen que dormir en los pasillos y donde se repite a diario el milagro de dar de comer con cinco panes y siete peces a quinientas ó seiscientas personas; pero en cambio hay salones para música, bañe y otros placeres menos inocentes y en ellos puede lucirse el traje que han impuesto los últimos figurines de París. Nada en ellos de tristezas ni aflicciones; si un bañista se muere, hay muy buen cuidado de que no se enteren los vivos, para lo cual se saca su cadáver durante las horas de la noche consagradas al descanso, ó utilizando el momento en que los demás bañistas se entregan al placer del bañe, ó escuchan entre los intermedios del mismo, a un violinista incansable, un pianista despiadado ó uno de los poetas que tratan de crearse un nombre escribiendo odas a los manantiales sulfurosos, azoado-nitrogenado-ferruginosos de la Península.

Y en busca de esos manantiales y de esas playas marchan hoy infinitos madrileños, aunque es de creer, que muchos de ellos terminarán su expedición en las fértiles llanuras de Pozuelo de Alarcón, Getafe y Valdemoro; ó en autobuses y jardines recorren incessantemente las calles con relleno de viajeros de uno y otro sexo y copete de mundos y sombrereras; las modistas velan para terminar los trajes de verano de sus parroquianas; muchos muebles de pisos principales pasan a las guardillas; los blancos papeles sujetos a los hierros de los balcones anuncian que la población de hecho disminuye notablemente, y el Monte de Piedad no se da abasto en abrir sus arcas a las alhajas de muchas familias, ignorándose si con el carácter de custodio ó el de prestamista.

Madrid, el Madrid acomodado, aristocrático y elegante, se atropella en los andenes del ferrocarril, para huir de esta atmósfera de fuego y dentro de muy poco so o quedaremos aquí las personas de poco más ó menos, las que, sin ofensa de nadie; podemos hablarlos de tú.

Pero Madrid tiene también sus placeres en esta época del año; las alamedas del Parque de Madrid, durante las mañanas; la metálica tina doméstica en que podemos zambullirnos durante el día, mientras leemos un libro de viajes ó contemplamos un plauo marino, para que la ilusión sea mayor, y por la noche podemos elegir entre el Prado, con sus agnados, los Jardines con sus conciertos ó las expediciones en tranvía hasta los altos del barrio de Salamanca, bautizados con el nombre de Biarritz. El sediento Manzanares nos llama a la vez con sus arenosos baches, que si no merecen el nombre de baños, nos antojan a lo menos para pasar una hora con el traje paradisíaco que gastaron nuestros primeros padres, y esto ya es algo; en los Circos, convertidos en estanques, podemos envidiar a los que toman parte en las pantomimas acuáticas, y tenemos, al alcance de las fortunas más modestas, abanicos que nos renuevan el aire y refrescos más ó menos ingleses. ¿Quién nos priva, por otra parte, de repetir la Sanjuanada, zambullendonos en el pilón de la fuente de la Puerra del Sol?

Convengamos, pues, en que no es tan fiero el leon como lo pintan, y en que no hay mal ni bien que cien años dure; al calor asfixiante de estos días, sucederán las tronadas que Noherlesoon ha tenido la bondad de pronosticar para hacernos aquel más llevadero, y a las tronadas la fuga del verano.

Unos días malos y otras tantas zarzuelas, peores que los días, nos transportarán insensiblemente al periodo de las ferias, y ya para entonces comenzarán a regresar a Madrid, para hacer economías durante el invierno, los que hoy hacen gala y ostentación de grandezas por playas y balnearios, y Madrid recobrará su habitual aspecto.

Los que están frescos, a pesar del calor reinante, son los pobres vendedores ambulantes y muy especialmente los de periódicos. Su modestísima industria ha sido gravada con la contribución de un real diario, para cuya imposición ha puesto en olvido nuestro Ayuntamiento los más elementales principios de la ciencia económica.

«El tributo, dice ésta, debe repartirse equitativamente... Y hoy paga un vendedor de majuelas ó de periódicos NOVENTA Y UNA PESETAS anuales ó sea, muchísimo más que la inmensa mayoría de los comercios.

«El tributo debe gravar la renta y no tocar al capital... Y hoy se empieza por exigir al que no tiene más capital que los reales para un veinticinco de diarios, el cincuenta de aumento de diábe capital. «No debe exigirse nada al que solo tiene lo necesario... Y hoy se pide al que tiene menos, mucho menos de lo necesario, un sacrificio que esteriliza en absoluto su trabajo y su actividad.

El Municipio ha olvidado al propio tiempo el carácter especial de este comercio; en ocasiones, un veinticinco de diarios solo puede ser vendido por el padre de familia, su mujer y dos ó tres hijos, ó lo que es lo mismo, que para ganar dos ó tres reales problemáticos, esta familia tiene que empezar por soltar cinco efectivos.

La venta de periódicos merece también mayores respetos porque arranca de la mendicidad y de la vagancia a muchos cientos de individuos; porque es el complemento necesario a muchas familias, a quienes no puede alcanzar para las primeras atenciones de la vida el exiguo jornal de siete reales del padre ó del marido; porque es un elemento necesario de desarrollo y cultura intelectual.

Cierto es que el Estado y el Municipio en este caso necesitan de la tributación de cuantos viven bajo su amparo; pero ¿es seguro que pagan contribución todos los ciudadanos? ¿No habrá por ahí a poco que se profundice, capitales é industrias que no tributan, cuando sus rendimientos son inmensamente mayores que los de los pobres vendedores de periódicos? ¿Es justo que el pobre voceador de papel impreso sufra todas las cargas, pague relativamente mucho más que todos los propietarios é industriales, ricos, y se vea amenazado del secuestro é inutilización de su capital, en tanto que los agentes de la autoridad se apartan para dejar paso al lujoso carruaje que ocupan acaso individuos que no tributan? Me atrevo a esperar que el Municipio volverá sobre su mal acuerdo, que ni es político, ni científico, ni caritativo, ni siquiera humano; porque los absurdos no pueden prevalecer, y el real que se exige al que dispone de un capital de dos, es sencillamente un absurdo municipal.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LIBROS NUEVOS

Romancero de D. Jaime el Conquistador, por doña Blanca de los Rios, Madrid, 1891.

Las esperanzas que hicieron concebir a todos los amantes de las letras las primeras composiciones poéticas de la señorita doña Blanca de los Rios, no solo se han visto defraudadas, sino que han tenido brillante confirmación con el nuevo libro, cuya aparición señalamos y en el cual se observa excelente gusto, claridad laudable y verdadera inspiración. Comprende el libro los siguientes romances: Tradición.—Jaime.—Monzon.—La fuga.—La merced.—Bodas reales.—Los ricos—hombres.—Muerte del mesnadero.—El banquete.—La flota.—Sitio de Mallorca.—Alasalto.—El Puig de Santa Maria.—Cerro de Valencia.—La rendición.—Relato de un trovador.—Por la esada y por la ley.—Conquista de Murcia.—El concilio de Lyon.—Muerte del Rey y el Siglo XIII. Le acompañan varias y muy eruditas notas.

La edición es en extremo elegante y la ilustran dibujos de D. Vicente Lamperez fotografados por Laporta y Laurent.

Con el título de Historia y crítica de la antigua doctrina de los estatutos, y principios que los sustituyen en el Derecho internacional moderno, acaba de publicar D. Torcuato P. Castañeda un interesante volumen en que trata detenida y concienzudamente los puntos más culminantes de materias, de tanto interés como son todas las que se refieren al Derecho internacional, tan en boga hoy en el mundo jurídico.

Extranjeros Ilustres. G. Flaubert, biografía y estudio crítico por J. Zola, 1891.

Estudio que, como todos los análogos de Zola, ofrece un doble interés: el de la figura literaria de Flaubert y el que le presta la precisión de juicios y desenfadado estilo del ilustre jefe de la escuela naturalista.

Formando un precioso volumen de 200 páginas, acaba de publicar el laborioso y distinguido escritor D. Apollinar Rato de Argüelles un excelente vocabulario Babel, adicionado con una gramática del mismo dialecto.

Este notable trabajo es de gran utilidad y digno de sincero elogio.

Leopolda Gassó y Vidal.—Colección de sus trabajos literarios, precedidos de una necrología de doña Concepcion Jimeno.—Madrid, 1891.

Este libro no se ha puesto a la venta. Costeado por la amante y desconsolada madre de la joven escritora y artista, dedícase a cuantos tuvieron la suerte de conocerla y tratarla, pudiendo apreciar las condiciones de bondad y talento que la señora Jimeno hace resaltar en su necrología.

El número de La España Moderna correspondiente al mes actual es interesantísimo: publica artículos del obispo de Oviedo, Eugenio Sellés, Emilio Castelar, Argüelles, Zola, etc., etc. Un poema de Emilio Ferrari y una dolora, «Lo que hacen pensar las eunyas», del ilustre Campanor.

Da comienzo a la novela novelesca de Barbey D'Aurevilly El cabezillo Desnucado.

Como era de esperar, se ha agotado la primera edición del libro. Cuarta edición en P. Luis Calera, España, como es sabido, por D. Juan Valera, y se acaba de poner a la venta la segunda edición, mucho más elegante que la anterior.

La revista de Revistas general de legislación y Jurisprudencia ha publicado en un número los correspondientes a los meses de abril, mayo y junio, con notables trabajos de la especialidad que se consagran, firmados por D. Pedro Dorado, don José María Manresa, D. Adolfo Pasado, D. Primitivo Gonzalez del Alba, D. Victor Cobian, D. Jerónimo Vida, D. Antonio Balbin de Unquera y otros distinguidos publicistas.

Nomenclator y guía de San Sebastian, —San Sebastian, 1891.—Libro de consulta indispensable para los que acaban a dicha población, con contenido una reseña histórica de la misma; noticia de los hitos ilustres de la provincia; monumentos, calles, plazas, posesos, noticias estadísticas; indicaciones industriales, etc.

La suspensión de pagos en el vicente Código de Comercio, por D. J. Ruiz y Borzaga.—Barcelona, 1891.—Interesante estudio jurídico en que el distinguido abogado del ilustre Colegio de Barcelona habla por la reforma del mencionado Código.

Guía de Jijon, formada por D. José García Rosquet.—1891.—Contiene una reseña general de la población, servicios públicos, comercio é industria, monumentos, fabricas, etc.

Manual de Positos.—Madrid, 1891. La biblioteca economica de legislación y jurisprudencia que en esta corte se publica con el título de Las leyes, ha aumentado la serie de sus volúmenes con un Manual de Positos, dividido en tres partes: una histórica doctrinal, otra legislativa y la tercera práctica. Este Manual es recomendable, tanto por su método, como por su verdadera utilidad, dentro de la especialidad a que se consagra.

Hemos recibido el cuaderno segundo del tomo XI de los Anales de la Real Academia de Medicina, a cargo de la comisión formada por los Sres. Iglesias y Diaz, presidente; Carretero y Mur el, vocal, y Cortejarena y Aldeob, secretario. Contiene las actas de las sesiones literarias públicas de 4 de abril a 6 de junio últimos; el discurso referente a congresos médicos; del Sr. Vilanova, y la continuación de la Memoria premiada en el concurso de 1890, sobre el tema: Estudio biográfico, bibliográfico y crítico de algunos de los médicos insignes que han contribuido a los progresos de las ciencias médicas de España, por D. Nicolás Pérez Jimenez.

Ensayo de una nueva teoría de la proporcionalidad de las líneas rectas, por D. Julian Chavé y Castilla, regente de la Escuela practica agregada a la Normal de Maestros de Santiago.—Madrid, 1891. Trabajo que demuestra la competencia del distinguido profesor, y al que precede un prólogo del Sr. D. Rafael Alvarez Seoix.

Acontecimientos literarios de 1890, por D. Melchor de Palau.—Madrid, 1891. Acaba de publicarse el sexto cuaderno de esta obra, con que su ilustrado autor el Sr. Palau, da prueba evidente de profundidad crítica y de buen gusto. En sus páginas se contienen muy acertados juicios de Jesús infant y Nazareth, de Mossen Jacinto Verdagué; de Chortinas y Leenda da grotta, de D. Alberto Garcia Ferreiro, y de Pequeñeces, del P. Luis Coloma.

Cuadros vivos se titula el último libro que ha publicado el ingenioso escritor D. Eduardo de Palacio, libro que es más bien colección de artículos jocosos de los que han visto la luz en diferentes diarios. Pons le ha puesto graciosas ilustraciones, de modo que la obra resulta antidoto contra la tristeza.

Estadística de la administración de Justicia en lo criminal, durante el año 1890, en la Península é islas adyacentes, publicada por el ministerio de Gracia y Justicia. (Edición oficial.)